

# Paradojas de los transgénicos solidarios

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 03/10/2002

*¿Es posible que la tecnología pueda acabar en un futuro no muy lejano con el hambre? ¿Es una cuestión de reparto o de investigación? La reciente secuenciación del genoma del arroz y la modificación genética de alimentos como el maíz o la soja podrían dar en breve respuestas a las necesidades del planeta. El bioquímico Francisco García-Olmedo, de la Universidad Politécnica de Madrid, analiza para El Cultural el papel que juegan los transgénicos tanto en las sociedades desarrolladas como en las del tercer mundo, las confusiones -a veces malintencionadas- en torno a estos alimentos y, de forma particular, el reciente caso de la Soja Solidaria ocurrido en Argentina.*

Cruzo el parqué de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, uno de los puntos neurálgicos de la economía argentina. La sesión está a punto de empezar. Hay un clima de optimismo por la notable alza de los precios del grano que está teniendo lugar en Chicago. Argentina y Brasil superan ya a Estados Unidos en la exportación de soja, y la cosecha en este último país ha sido floja. Sólo en Argentina, 11 millones de hectáreas de dicha especie han rendido más de 70 millones de toneladas de haba. Casi toda la sembrada es transgénica, lo que permite la siembra directa -con menos consumo energético, menos erosión y mayor respeto a la biodiversidad del suelo laborable- y adicionalmente facilita el cultivo en zonas adversas. Argentina necesita de esta bonanza para reparar su maltrecha economía.

Me dirijo al amplio auditorio de la Bolsa, donde debo pronunciar una conferencia. La sala está llena. Alguien empieza a repartir octavillas y a continuación toma la palabra para denunciar el programa Soja Solidaria. Conmigo está el Dr. Victor Hugo Trucco, bioquímico convertido en productor de soja, presidente de la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID) e impulsor de la vituperada iniciativa. Al terminar mi charla tengo oportunidad de conocer en qué consiste dicho programa. En contraste con los estadounidenses, que consumen directa o indirectamente la mitad de la soja que producen, los argentinos exportan toda su producción, a pesar de que en la actual coyuntura la subnutrición amenaza a más de la mitad de la población. Sencillamente, no hay tradición de consumo de soja en el país. El programa Soja Solidaria consiste en el reparto repetido de lotes de varios kilos de grano a quien lo necesita, previa instrucción de cómo preparar leche de soja y de cómo cocinar su harina. En el mercado libre, unas decenas de céntimos de euro bastan para comprar un kilo de grano -la diferencia entre el hambre y la saciedad para una persona durante unos días-, pero en este caso la donación por los productores es gratuita y tanto ésta como la recepción son voluntarias. Me explican que la protesta viene de un grupo de origen montonero que se opone al reparto por razones políticas y económicas -lo que está dentro de las reglas del juego- pero que usa como arma en su lucha el supuesto riesgo para la salud humana de este grano. Esto último, aparte de falso, es inaceptable porque interfiere de forma espuria y perversa en la solución de un problema grave.

Volé a Zimbawe en 1999. La ruta aérea dejaba al este las húmedas y fértiles regiones donde los propietarios de unas 4.000 grandes explotaciones, casi todos herederos de los antiguos colonos blancos, producían maíz con unos rendimientos superiores a la media estadounidense. En el resto de las regiones, en más de un millón de granjas comunales y pequeñas propiedades se practicaba una agricultura de subsistencia en la que el rendimiento del maíz, aunque progresivamente mejorado, no superaba con frecuencia una tonelada por hectárea. En Zimbawe, como en gran parte de África, ese grano foráneo se ha convertido en el alimento básico para el ser humano, y la situación productiva se percibía como comparativamente favorable porque no sólo permitía el autoabastecimiento sino que dicho grano era parte importante de las muy necesarias exportaciones del país a sus vecinos.

Leo que la situación ha cambiado drásticamente desde entonces, debido a la sequía y a la caótica política de redistribución de tierras, un tardío acto de justicia, que Mugawe ha venido

prometiéndolo durante más de dos décadas, pero que está matando la gallina de los huevos de oro.

Zimbawe tiene hoy un déficit de millón y medio de toneladas de grano y el hambre amenaza a amplios sectores de la población. Estados Unidos ofreció paliar una parte sustancial de ese déficit, pero la oferta fue inicialmente rechazada porque este país productor no segrega el maíz transgénico del convencional, ni para consumo interno ni para la exportación. Se adujo por el país receptor que la descendencia del grano transgénico, que de todas formas sería inútil como semilla, corría el riesgo de incorporarse a la agricultura local. Este inconveniente se ha obviado al fin en Zimbawe, transfiriendo el grano ya molido, pero en Zambia y en otros países de la zona se ha aducido riesgo para la salud humana por parte de organizaciones “humanitarias” y los gobiernos han rechazado la transferencia de plano. Las motivaciones y las circunstancias de las transferencias propuestas podrán ser todo lo tortuosas que se quiera, pero nadie ha propuesto una transferencia alternativa, nadie ha respaldado sus críticas con una donación creíble. Ninguna consideración debe eclipsar el hecho principal: hay disposición para transferir un alimento perfectamente apto para su consumo y hay miles de hambrientos que lo necesitan.

Leo en el boletín de una conocida ONG de carácter religioso lo siguiente respecto al maíz transgénico: “Los posibles efectos... son náuseas y reacciones alérgicas graves, seguido de un estado de coma y luego, en algunos casos, daño cerebral, fallo renal y la muerte”. Como científico no puedo menos que señalar que dicha afirmación falta radicalmente a la verdad, interfiere gravemente con el mandato de dar de comer al hambriento y podría considerarse delictiva, en cuanto puede inducir a la pérdida de vidas humanas por inanición. La soja y el maíz transgénicos no suponen mayores riesgos alimentarios que los correspondientes granos convencionales, y la tecnología ha sido avalada conjuntamente por trece academias de ciencias de países desarrollados y en desarrollo que representan el 80% de la población mundial (1). El hambre no es un problema de reparto, como se dice con gran frivolidad. El reparto sólo está justificado en condiciones de emergencia como las que acabo de mencionar. Tampoco el hambre es un mero problema técnico, pero no tendrá solución sin la aplicación juiciosa de toda la tecnología que podamos acopiar. n

[(1) Royal Society of London; Natl. Acad. Sci. USA. ; Brazilian Acad. Sci; Chinese Acad. Sci; Indian National Acad. Sci.; Mexican Acad. Sci.; Third World Acad Sci. Transgenic plants and world agriculture. National Academy Press Report 1-40 (July 2000).]

### **El “almacén” africano**

El consumo de productos transgénicos se contempla como una posible solución parcial al hambre del tercer mundo. Sin embargo, sólo un estricto control sanitario por parte de los gobiernos e instituciones internacionales puede garantizar su paulatina incorporación a los hábitos alimenticios, y así evitar preocupantes efectos secundarios. Recientemente se ha vivido en Zambia un incidente muy desafortunado en relación con alimentos transgénicos. Una hambrienta población de Monze, una pequeña ciudad del sur de la provincia de Zambia (áfrica), encontró en un almacén de provisiones alrededor de 500 sacos de maíz. La población saqueó estas provisiones desconociendo que se trataba de maíz genéticamente modificado que, anteriormente, había sido rechazado por el Gobierno zambiano por motivos sanitarios. El primer ministro del país africano George Mpombo confirmó la noticia y describió el saqueo como “un hecho desafortunado”, si bien no explicó por qué el almacén de los alimentos rechazados estaba al alcance de la población civil. Para paliar el hambre de esta zona del sur del país, la más afectada por la hambruna debido a la intensa sequía que ha afectado al sur del continente, el gobierno de Zambia anunció que iba a enviar inmediatamente sacos de maíz no modificado genéticamente. Con incidentes de este tipo, sin duda, crece la inseguridad y el temor respecto a las transferencias de alimentos transgénicos.